

# Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.ª

 Paquetes de 30 ejemplares . . . 1'00 ptas  
 Suscripción: España un trimestre . . . 1'00 "  
 " Extranjero " . . . 1'50 "

## De la revolución, la igualdad y otros particulares

De cuando en cuando, se presentan, á guisa de casos esporádicos, comentaristas de la Anarquía ó de algo que con ésta tenga afinidad.

Que de-barran, casi no tenemos que decirlo siendo nosotros quienes somos. De no desbarbar, romperíamos esta nuestra pluma de propagandistas anárquicos y nos convertiríamos en lo que son los detractores ocasionales de nuestras doctrinas. No nos convencen. Es una desgracia para ellos, pero es así.

Hay quien da por muerta la Revolución Social, tan sólo porque los socialistas son de día en día más legalitarios.

Hay quien demuestra la imposibilidad práctica de nuestras teorías porque en su cacumen no ha tenido cabida la idea de igualdad.

Y así por el estilo, nos sale cada contradictor que más nos parece lo es por convenirse á sí mismo de que la Anarquía no es posible que no por convencer á los demás, incluyendo en este demás á los anarquistas, que es precisamente á quien más interés deberían tener en convencer.

No vamos á desmenuzar los argumentos —llamarémoslos así— que en estos días hemos leído sobre tópicos anárquicos.

El 1.º de mayo ha dado abundante cosecha de estos pulverizadores del anarquismo y sería inacabable tomar nota de lo que cada uno acentuó y ponerle el condigno comentario.

Sólo diremos que impórtanos muy poco que los socialistas sean ó no partidarios de la revolución social, por cuanto que estamos convencidos que con ellos se llevará á cabo lo mismo que sin ellos y aun á despecho de ellos. Dejaron ya mucho de ser revolucionarios y no es novedad alguna que actualmente sean pacifistas y legalitarios.

Anarquistas nosotros en política, en moral, en economía y en todo al fin, mal podemos creer que son revolucionarios quienes admiten la autoridad del jefe, la autoridad de la mayoría, la autoridad en todos sus aspectos.

Precisamente por ser nosotros anarquistas no admitimos ni aun las escuelas económicas, siempre que éstas signifiquen imposición. Y somos comunistas por creer mejor el comunismo y más lógico, más natural al modo de ser del hombre, pero antes somos anarquistas y ni aun el comunismo creemos que debe ser impuesto á nadie.

Rechazando toda imposición, tanto de los demás para con nosotros, como de nosotros para con los demás, hacemos una afirmación completa de anarquistas y en consecuencia de revolucionarios en el sentido social de la palabra. Y no es posible que otros hagan una revolución social, desde que esos otros carecen en sus concepciones de esa concepción social que nosotros tenemos y que por ser profundamente revolucionaria, es la única capaz de llevar á efecto la revolución social.

Lo demás, lo que podrían hacer otros, puede ser revolucionario — que no lo será dado su legalitarismo y pacifismo — pero no será social, porque para que así sea necesaria remover las bases sociales por entero y esto sólo pueden hacerlo quienes socialmente tienen ideas absolutamente y en todo diametralmente opuestas á las del régimen actual.

Al rechazar toda imposición, lógicamente hemos de ser nosotros los fautores de la revolución.

Naturalmente que ésta no se realizará por nuestros deseos y convicciones, ya que por mucho que se multiplicase el número de partidarios de nuestras teorías, los movimientos revolucionarios de carácter trascendental como el que anhelamos, no se producen de un modo antojadizo y menos aun cuando que nosotros no constituimos un partido á la usanza de los partidos políticos más ó menos subversivos.

La revolución será, porque es lógico y fundamental que sea. Lo arbitrario es que el mundo se estanque y permanezca eternamente tal cual está ó que una evolución pacífica nos lleve á la Anarquía despojándose gobernantes y burgueses poco á poco de sus prerrogativas y privilegios. Esto es utópico de verdad.

Una circunstancia cualquiera, un incidente al parecer nimio, hará la revolución y de su alcance sólo la fuerza de convicción que en los cerebros de las multitudes tengan nuestras ideas podrá responder. Hoy son muchos los millones de hombres que odian

el sistema del salariado y que más ó menos vagamente tienen ideas de solidaridad mundial, de internacionalismo. No se ve, pues, difícil que una revolución en esta época, fuese profunda en la organización económica de los pueblos. Y de ahí á la Anarquía plena, en todos los órdenes de la vida, no hay más que un paso.

Puestos ya en esta vía, hemos de hacernos cargo de uno de los conceptos que más arraigo tienen en contra nuestra y que más ó menos habilidosamente esgrimen los detractores del anarquismo á que al principio nos referimos. Entraña algo grave y que de ser cierto demostraría verdaderamente la imposibilidad de ser llevadas á la práctica nuestras doctrinas.

Podría hacerse la revolución social, pero no subsistirían nuestros principios.

Nos referimos, no precisamente á la necesidad que algunos creen hay de la autoridad y que a diario se demuestra es innecesaria é inútil — además de perjudicial — por cuanto que ni es creadora, ni evita males, ni es posible la encarnen hombres sin mácula ni defecto alguno. Y es paradójico que no se nos considere capaces de gobernarnos á nosotros mismos y se admita que entre nosotros hay quienes no solamente pueden gobernarse á sí mismos sino que pueden gobernar á los demás. La autoridad se ha ido diluyendo de tal manera, desde el omnimodo poder de los reyes absolutos al de nuestras democracias de hoy, que no es difícil pase finalmente á ser del dominio de todos, pase á ser acracia ó sea el gobierno de cada uno ó el no gobierno, que eso viene á ser el gobierno de cada uno.

No es, pues, á los sustentadores del principio de autoridad á quienes nos referimos; es á los que han hecho de la igualdad ariete en contra de nuestras ideas.

Hay quienes nos hablan de la imposibilidad de la igualdad porque ni nosotros somos todos iguales ni todos los miembros de nuestro cuerpo lo son; inconveniente este que asimilan al cuerpo social dando por imposible que todos sus miembros puedan vivir en igualdad.

La comparación es inexacta, arbitraria.

No hay quien pueda decirnos qué es, en qué consiste ese cuerpo social, en dónde está su cabeza, cuál es su estómago y cuál su corazón.

En realidad ese cuerpo social no existe. El Estado, que podría ser considerado como tal, es un cuerpo sin cabeza, ó con la cabeza hueca.

Todo cuanto se hace en la sociedad es producto de la cabeza de tal ó cual individuo, unas veces de la de uno y otras de la de otro y en muchas de las de muchos, puesto que la idea de uno es reformada por otro y otro y otros antes de ser puesta en práctica.

Lo único cierto que hay es que el Estado, ó la sociedad, tiene muchos brazos, que son los trabajadores, y á los cuales no se les concede derecho alguno. Y en esto es en lo único que puede verse la existencia de un cuerpo social.

Ello es que la desigualdad de los hombres que presentan los adversarios del anarquismo como valla insalvable para nuestras ideas igualitarias, no deja de ser un sofisma.

Cada hombre tiene necesidades que satisfacer y no hay razón alguna para que queden insatisfechas como ocurre actualmente.

En satisfacer esas necesidades, consiste nuestro concepto de igualdad.

En vano se arguye que el mérito de Juan ó Pedro debe ser recompensado preferentemente. Lo primero es atender á las necesidades de todos y lo segundo especificar en qué consiste ese mérito merecedor de recompensas.

Comprendemos perfectamente que quienes en un momento dado hayan prestado valioso servicio á sus semejantes, hayan pretendido ser retribuidos ventajosamente. Entra esto de lleno en los períodos de gran escasez de bienes anteriores á nuestra época y natural es haya subsistido ese principio de privilegio que tan cómodo resulta para los que de él gozan. Así se han perpetuado las herencias y las prepotencias de unos y otros.

Hoy, empero, no cabe ya esto. El mérito es una cosa tan relativa, tan discutible, que no cabe recompensarlo.

Es difícil fijar quien tiene más mérito, cual es más útil, si el labrador que rutinariamente sigue cultivando la tierra año tras año ó el hombre de ciencia que revoluciona el trabajo del campo con un invento, pero

que pudo vivir dedicado á sus experimentos gracias al pan diario que le proporcionara ese labrador.

Pero aun hay más: ¿Qué mérito tiene, que de recompensable, el que el hombre dotado de gran talento de grandiosas obras y el provisto de fuerte musculatura levante enormes pesos? ¿Qué hicieron uno y otro para tener esa inteligencia y esas fuerzas? Si tienen mucho, ningún trabajo representa que den mucho. Y no merecen más, que el hombre acortos alcances y escaso vigor físico.

¿Qué se quiere? ¿Que coman doble? ¿Que calcen media docena de zapatos á un tiempo?

No; unos y otros, todos en fin, tienen necesidades, mayores ó menores, independientemente de lo que producen y lo justo es que las satisfagan plenamente.

En esto consiste la igualdad que preconizamos.

## La Anarquía

VIII

### La negación del Estado

Pasando ahora á las concepciones económicas de los anarquistas, debe reconocerse que reflejan el estado caótico en que se encuentra todavía toda la economía política. Como entre los socialistas estatistas, pueden distinguirse entre los anarquistas diversas corrientes de opinión sobre este punto.

De acuerdo con los socialistas que han permanecido socialistas, los anarquistas reconocen que el sistema actual de propiedad individual del suelo y de todo lo que es necesario para producir, así como el procedimiento de producción, con vista á los provechos, que son la consecuencia, es un mal que nuestras sociedades actuales deben abolir bajo pena de oscurecerse como tantas civilizaciones antiguas se han oscurecido.

Pero en cuanto á los medios por los cuales podría realizarse el cambio, los anarquistas difieren completamente de todas las fracciones socialistas estatistas, negando que pueda hallarse una solución al problema social en el Estado capitalista, tomando posesión de la producción ó al menos de sus ramas principales. El servicio de comunicaciones ó de ferrocarriles en manos del Estado actual, dirigidos por ministerios nombrados por la Cámara, no es el ideal que nosotros apuntamos. Nosotros vemos en esto una forma nueva de salario y de explotación, y no creemos ni siquiera que eso sea un encaminamiento hacia la abolición del salario y de la explotación, ni siquiera una forma transitoria de la evolución hacia ese objeto.

No podemos olvidar que la Iglesia y el Estado fueron la fuerza política á la que las clases privilegiadas, cuando solamente empezaban á constituirse, recurrieron para hacerse clases constituidas, armadas por la ley de privilegios y derechos sobre otros hombres: que el Estado fué la institución que sirvió para establecer el seguro mutuo para el disfrute de esos derechos. Y por causa de esto mismo, ni la Iglesia ni el Estado pueden ser hoy la fuerza que servirá para demoler esos privilegios.

Ni el uno ni la otra pueden ser la forma de organización que surgirá cuando esos privilegios sean abolidos. La Historia nos enseña, por el contrario, que cada vez que una nueva forma económica aparece en la vida de una creación—cuando la servidumbre, por ejemplo, vino á reemplazar la esclavitud, y más tarde el salariado á la servidumbre—ha habido necesidad siempre de desarrollar una forma nueva de agrupación política.

Lo mismo que la Iglesia no podría jamás ser utilizada para libertar al hombre de su sumisión á las viejas supersticiones ó darle una nueva ética, libremente consentida; lo mismo que los sentimientos de igualdad, solidaridad y de unión de todos los hombres que conculgan en todas las religiones, tomarán un día muy diferente forma de la que le fué dada por todas las iglesias cuando ellas se apoderaron para explotarlos á beneficio del clero, lo mismo la liberación económica se cumplirá rompiendo las viejas formas políticas representadas por el Estado. El hombre se verá forzado á buscar nuevas formas de organización para las funciones sociales que el Estado tiene repartidas entre sus funcionarios. Y nada se habrá hecho mientras no sea esto.

Para facilitar el nacimiento de esas nuevas formas de la vida social trabaja la Anarquía. Y este nacimiento se hará, como siempre se hizo en el pasado, en las grandes

comociones de liberación, por la fuerza constructiva de las masas populares, ayudadas por las luces modernas.

Véase por qué los anarquistas rehusan aceptar las funciones de legisladores ó cualquier otra función en el Estado. Nosotros sabemos que la revolución social no se efectuará por las leyes. Porque las leyes, aunque fuesen votadas por una Asamblea constituyente, bajo la presión de la calle (y todavía) —cómo serían votadas cuando se tratase de conciliar los intereses más contrarios? Las leyes, después que han sido votadas, no son más que un simple convenio para trabajar en cierta dirección — una invitación á aquellos que están en los puestos para hacer servir su energía y su espíritu inventivo, constructor. Pero para esto falta todavía que haya en los puestos fuerzas capaces y dispuestas á transformar las fórmulas, los deseos de una ley en hechos de la vida real.

Por esto también es por lo que un gran número de anarquistas desde los principios de La Internacional hasta nuestros días han tomado una parte activa en las organizaciones obreras, formadas para la lucha directa del Trabajo contra el Capital. Esta lucha ayuda fuertemente, y más que cualquier otra acción indirecta, á obtener algunas mejoras en la vida del obrero, abriendo al mismo tiempo los ojos á los obreros sobre el mal que á la sociedad han hecho la organización capitalista y el Estado que la mantiene. Esta lucha despierta también en los trabajadores el pensamiento en lo referente á las formas de consumación, producción y cambio directo entre los interesados, sin la intervención del capitalista y del Estado.

En lo que concierne la forma de retribución del trabajo en una sociedad libre del Capital y del Estado, las opiniones, hemos de decirlo, continúan todavía divididas entre los anarquistas.

Todos están de acuerdo en repudiar la nueva forma de salario que surgiría si el Estado tomase posesión de los medios de producción y de cambio, como ha tomado posesión ya de los ferrocarriles, comunicaciones, educación y defensa del territorio. Nuevos poderes industriales, unidos á los que posee (impuestos, defensa del territorio, religiones, estipendios, etc.), crearían un nuevo formidable movimiento de tiranía.

La mayor parte de los anarquistas acepta hoy la solución comunista-anarquista. Se empieza á comprender que la sola forma de comunismo posible, en una sociedad civilizada, es la forma comunista-anarquista. Igualitario por su esencia misma, el comunismo es una negación de toda autoridad. De otra parte, una sociedad anarquista de cierta extensión no sería posible si no empezase por garantizar á todos, aunque no sea más que un minimum de bienestar producido en común.

Comunismo y Anarquía son así dos concepciones que se complementan necesariamente.

Pero al lado de la gran corriente comunista existe una corriente que ve en la Anarquía una rehabilitación del individualismo. Es sobre esta corriente que vamos á decir algunas palabras para terminar.

PEDRO KROPOTKINE

(Continuará)

NOTA.—El artículo VI apareció incompleto en francés y por consiguiente en estas columnas. Aunque en *Les Temps Nouveaux* aparece á continuación del presente, nosotros por no hacerle largo lo daremos en otro número.—N. del T.

Para el tercer tema del Concurso

## EDUCACIÓN RACIONAL

Tiempo ha que vengo luchando en pro de la enseñanza moderna, y por consiguiente, en más de una ocasión di pruebas de convencimiento y perseverancia, manifestando públicamente el criterio que me merecía el tema hoy expuesto por mis compañeros de Gatún (Panamá). Con esto sólo he querido hacer notar que para mí no es un tema nuevo, y sí de capital interés su definición concreta y propagación universal.

Pudiera suceder que mi criterio no se ajustara á la lógica y la razón, y por ende, la idea que yo describa carezca de base fundamental. Para que esto no suceda, aguzaré mi inteligencia cuanto me sea posible, presentando las cosas tal y conforme son.

En el mundo de las ideas pedagógicas se notan muchas y variadas formas de educa-